

CONCURSO LITERARIO DE PRIMAVERA

PRIMER PREMIO DE NARRATIVA

Autora: Blanca Urdín (2º A Bachillerato)

Punto final

Mientras acaricio con mis dedos los últimos segundos de una etapa que ya acaba, podría asegurar con la certeza más grande de toda mi vida que lo único que me esperanzará algún día al recordar esta despedida serán los pedacitos de mí encerrados para siempre en los rincones de estos dos años. Cada espacio de este lugar y cada instante de este periodo cuentan ya con un fragmento de mi vida que jamás se olvidará.

En las baldosas todavía quedan grabadas las huellas de aquella niña temblorosa que entró un día sin saber qué iba a ser de su futuro. De esa niña de ojos brillantes, queda la altura de unos muros que acabaron no siendo tan grandes, la cantidad infinita de unas escaleras que más tarde contaría una y otra vez. En la esquina superior derecha de la tabla de madera de la mesa que ocupó el primer curso, todavía están adheridos un fragmento de aquella ilusión inicial, un pedacito del miedo ante la inmensidad y unas gotas de lo que supondría el inicio de toda una época de su vida.

Cierro los ojos y soy capaz de situar hasta el último punto en el espacio. Seis años son muchísimos, tantos como para dejar rezagado aquel trocito de un mapa nunca escrito que una vez imaginé para tener archivada cada aula a la que tendría que acudir. Escucho ese susurro lejano, que me recuerda a esa niña lejana a la que todo le parecía infinito y que hoy, seis años más tarde, afirma que ya forma parte de la inmensidad de este conjunto.

Dejé mi infancia en la pintura verde de aquella puerta el primer día del segundo curso. Ya no sería nunca más aquella niña que entró con miedo a estas instalaciones, ya no era parte de los novatos, sino que ahora comprobaba que detrás de nosotros aparecían nuevos ojos temblorosos y sonrisas brillantes que completaban las aulas del pasillo de primero. En el reflejo de una de aquellas ventanas queda todavía impresa una sonrisa un poco más madura que se encaminaba por los senderos del crecer.

Sí; la infancia quedó atrapada entre aquellas paredes y la pizarra fue testigo de una adolescencia que ya brotaba. Ese fue el inicio del descubrir muchas cosas, muchas aficiones, el comienzo que definiría cómo transcurriría todo de ahí en adelante. Ahí dejé la infancia apoyada sobre el cristal, para siempre.

Aquella aula de segundo curso todavía contiene la tonta adolescencia que nos sorprendió a todos. Secretos, susurros; seguro que en el suelo todavía reposa alguno de esos papelitos que volaban de mesa en mesa y hablaban con letras ocultas, confesiones secretas y sonrisas dibujadas con tinta azul que querían reproducir ese rayo de luz que cada mañana iluminaba los cabellos dorados de un amor puramente caprichosos e inocente que me demostraría que estaría condenada a seguir creyendo, para siempre, en cuentos de hadas.

Los amores caprichosos y momentáneos me acompañarían una temporada más, pero en tercero descubriría una pasión fiel y eterna que definiría lo que sería toda mi vida. Tercero no es para mí esa aula que ocupaba durante prácticamente todas las horas del día, sino esa otra, en otro pasillo, con otro número y tamaño. Las tizas de esa aula –que jamás se consumirán, porque están allí para fascinar a todas las generaciones- todavía contienen esa concentración de magia que las hace únicas. Esas tizas, conforme van acariciando la superficie rugosa de una pizarra oscura, me contaron una mañana de noviembre que desde ese mismo día mi futuro ya estaría determinado. Que sólo quedaba luchar por él.

Tercero fue el año de una decisión que pintó las paredes de todo el instituto, que bañaba de fuerza de voluntad el madrugar cada mañana y que me sostuvo cuando todo estaba de lo que quería alcanzar. Tercero fue el comienzo de un libro nuevo que, años más tarde, me tocaría rellenar a base de sudor y esfuerzo, pero que, en aquel instante, me parecía el futuro más maravilloso que algún día podría alcanzar. Tercero fue el año de aquella aula que, a pesar de ocupar dos clases por semana, quedaría para siempre grabada en mis recuerdos; tercero fueron tizas mágicas que susurraban, una decisión muy bien formulada y las ganas de aprenderlo todo intensificando una sonrisa que jamás decrecería.

Y mírame, después de tanto. Ahora mismo, con mi vestido bicolor, con tacones y un peinado bien hecho, con el maquillaje soportando emociones y los deseos de que todo comience de verdad, pienso en lo mucho que he vivido aquí, lo mucho por lo que he luchado y lo mucho que he conseguido.

Cuarto fue un punto final en muchos aspectos, tanto personal como académicamente. En ese año se dijeron adiós a demasiadas cosas, a la par que se recibían, con los brazos bien abiertos, todos aquellos inicios que estaban por llegar. Académicamente, en cuarto se especializaron mis estudios, nos dividimos ya en vías muy diferentes y los de letras jamás volvieron a estar con los de ciencias. Nos dirigían hacia lo que sería nuestro futuro en función de qué amábamos. En lo más personal, hay un árbol en el jardín más escondido, ese árbol que se apreciaba desde la ventana de nuestra aula, que todavía retiene un día de un febrero que hicimos eterno porque no, simplemente, no podíamos adjudicarle un punto final. El marzo que le siguió supuso comenzar a redefinir detalles pequeños –pero esenciales- de una vida que ya era diferente –en pequeños detalles, pero importantes- y que debía seguir siendo como hasta entonces.

En el corcho, clavado gracias a una chincheta olvidada, todavía oscila sonriente el día en el que otorgué un punto final a la etapa de estudios calificados como obligatorios. Ese año se caracterizó por tener demasiados días concentrados en los mismos de siempre, demasiadas emociones que variaban de mes a mes. Cuarto fue una sonrisa una mañana, un *“quédate”* un mediodía, una despedida una noche.

Cuarto fue un curso que no pudo haber sido mejor; un curso que culminó con un *“Lago de los cisnes”* que no pudo haber sentido más.

Aquellos años quedan demasiado lejanos, aunque de ellos me separa poca distancia temporal. Esos cuatro años de risas y de sonrisas, de experiencias nuevas y madurar las viejas, quedan englobadas en una burbuja compartida. La burbuja de la ESO que todavía flota por los pasillos y que nadie ve –es

pequeñita, muy pequeñita- , pero que está ahí. De esa burbuja se escaparon los dos últimos años, más largos, más exprimidos, más duros.

Y sé que dentro de algunos años alguien me preguntará qué tal me fue en Bachiller. Y les responderé que deberían ir al aula que ocupé en Primero y que observen la silla y la mesa que fueron mías durante todo el curso. Si se fijan, podrán observar el rastro imperceptible –pero presente- de gotas de sudor que costaron el curso entero, un poco de sangre por las heridas que se abrieron y se tuvieron que cerrar por trabajo duro, algunas –breves, las necesarias y ya está- lágrimas que se derramaron por impotencia. Y, dibujados en la pared, una sonrisa y un suspiro de alivio al sentir que todo tenía un resultado final que casaba con lo ansiado. Todavía retumba el grito –suave, bajo- de alguien que consiguió lo que se propuso una mañana de noviembre de Tercero de la ESO. Poder acceder al futuro por sus propios métodos, sin otro regalo que el de la felicidad final.

Primero de bachillerato fueron los segundos extraídos de la nada en una biblioteca, segundos filtrados entre clases de ballet. Y, finalmente, Primero acabó siendo una corona que salió volando en una actuación. Y las risas que vendrían después al contarlo.

Míranos, aquí estamos. En un Segundo de Bachiller que ha sido tantas cosas y tan pocas a la vez. Todavía no sé de qué forma me marcará este año, pero ahora, cuando ya doy por finalizada una gran etapa de mi vida, sé que Segundo no podría haber sido de otra manera.

Colmada de trabajo, de esfuerzo, pero sobre todo de incertidumbre. De incapacidad por hacer más y la necesidad de hacerlo; el hacer tangible algo por lo que había luchado durante tanto tiempo. Todo Primero invertido en un examen que haría una mañana de finales de febrero. Incertidumbre, el mes de marzo fueron esos pedazos de no saber qué iba a pasar con todo disgregados por cada esquina del edificio entero. Marzo fueron los deseos por conocer una resolución y ganas de no conocerla a su vez. Marzo fue... marzo fue libertad.

Fue una sonrisa pintada por la pincelada que alguien con pasado de pintor dio un día en mi rostro. Fue un mensaje en el mañana de un día que no fue bueno. Segundo de Bachillerato pasará a la Historia como el 16 de marzo en el que –por fin- se determinó un alivio desprovisto de dimensiones pero cargado de razones. Y que ahora llega a su fin.

Siempre quise que llegara este año, sólo para saber qué se sentía al ser víctima de tal cantidad de presiones y fiestas y despedidas y comienzos. Pero ahora algo vibra con una fuerza intensa en mi pecho y me llena de preguntas y dudas. ¿De verdad voy a ser capaz de dar por acabado este periodo que se inició a los tres años y que se ha prolongado fijo a una vía determinada? De elecciones sencillas y reversibles, de asignaturas obligadas aunque no queridas. ¿De verdad todo va a acabar por fin? Después de tanto...

Me abrazo a mí misma mientras susurro un “adiós” que se difumina en el aire y pasa a formar parte de la atmósfera del que será para siempre *mi* instituto. Y sé, porque lo sé, que ese suspiro será el último fragmento que quedará retenido para siempre aquí, que ya los recuerdos tocará formarlos en otro lugar. Y sé, con esa seguridad innata que el día de hoy descubrí en mi pecho, que en este momento de mi vida que vendrá tras años y años de reinventar una y otra vez, volveré y encontraré todos esos fragmentos de mí aguardándome pacientes para ayudarme a recordarlo todo.